

Salomón, Carlos. *Obra poética*. Santander: Asociación Cultural «V.PE.CA.», Colección La mirada creadora, 2007, 283 pp.

Fue una mañana extraordinariamente lluviosa la que vivió Santander el sábado 2 de marzo del año 2002. El día había amanecido encapotado de nubes sucias, tristes y pesadas, y lo cierto es que muy pocas cosas invitaban a salir de casa. Sin embargo yo disponía de una poderosa y feliz razón para lanzarme a la calle sin necesidad de pensarlo dos veces: iba a visitar en su domicilio santanderino, junto al recién reconstruido hotel Bahía, al poeta José Hierro.

La tarde anterior se habían presentado al público, en la sede de la Fundación Marcelino Botín de la calle Pedrueca, los dos volúmenes que conforman *Espacio Hierro. Medio siglo de creación poética de José Hierro*, trabajo en el que Lorenzo Oliván y yo mismo nos habíamos embarcado como editores literarios casi dos años antes, teniendo la enorme fortuna de contar con un amplio y heterogéneo grupo de colaboradores, entre los que figuraban sobre todo poetas y profesores universitarios especialistas en la obra de Hierro. Sobre el contenido general de la obra, pero esencialmente sobre su relación personal con la persona y la poesía de José Hierro, trataron los folios que aquella tarde nos leyó el gran poeta Antonio Colinas sin precipitación alguna, con hondura y seriedad, en una mesa que, presidida por el premio Cervantes, contaba también con el rector de la Universidad de Cantabria, el director de la Fundación Botín, y Lorenzo Oliván y yo como responsables de la citada edición. Fue durante el transcurso de la cena a la que nos invitaron los responsables de la Fundación Marcelino Botín en un salón del santanderino Club Marítimo, cuando el poeta nos sugirió que le fuésemos a visitar al día siguiente para charlar un rato largo.

Acudimos a la cita Antonio Colinas, Oliván y yo. Al llegar al piso del poeta nos abrió la puerta una de sus hijas, y nos hizo pasar a un pequeño e insulso «cuarto de estar» del que nada de su decoración llamaba la atención. Mientras recorríamos el pasillo la voz de Lines, la mujer del autor de *Cuaderno de Nueva York*, nos recordaba desde alguna de las habitaciones de la casa que no debíamos hacerle hablar en exceso, pues se encontraba bastante fatigado por los acontecimientos de la noche anterior. En el cuarto de estar, sentado en un sillón y bastante molesto con la incomodidad que le causaba todo el escandaloso aparataje que le ayudaba a respirar, nos recibió el poeta a quien acompañaba con su presencia ausente el pintor Julio de Pablo.

Una vez sentados alrededor de Hierro, se inició una de las típicas conversaciones que él planteaba a sus tertulios no íntimos. Chascarrillos, menudencias, bromas incluso infantiles..., trufaban una charla de la que uno siempre esperaba mucho más, o al menos otra cosa. José Hierro parecía mostrarse reacio a cualquier atisbo de seriedad o trascendencia en sus conversaciones, como si necesitara pasar el trance del contacto hablado con personas no pertenecientes a su círculo más cercano bajo el disfraz de un ser tosco y superficial. Cuando se lo he comentado a personas que estuvieron cercanas a él de verdad, todas me han dicho más o menos lo mismo: era una actitud que nacía de la gran timidez del poeta y de

la natural repulsión que sentía a ponerse «estupendo» y a impartir lecciones sobre nada.

Lo cierto es que las cuatro o cinco veces que coincidimos en tertulia siempre se comportó de la misma manera, esquivando con notable eficacia las tontas esperanzas de los demás por asistir a algo «sublime». Sin embargo, en al menos dos de esos encuentros, se produjeron momentos en los que Hierro nos dejó atisbar en sus palabras y en sus gestos la existencia de un maestro literario excepcional, de un ser envuelto en una sensibilidad escalofriante. La primera vez ocurrió a finales del verano de 1999 en la espléndida terraza del domicilio santanderino del escritor, editor y galerista Manuel Arce. La segunda, aquella mañana lluviosa de marzo en su propia casa, custodiada de algún modo por las piedras de la vieja catedral de Santander.

Recuerdo que ese día, casi sin venir a cuento, y tal vez empujado por algún comentario lanzado por Antonio Colinas, José Hierro comenzó a hablarnos de poesía española. Durante poco más de quince minutos que jamás podré olvidar, nos ofreció un asombroso recorrido por nuestra tradición poética lleno de erudición y comentarios luminosos; toda una lección de amena y vital sabiduría, fruto indudable de copiosas lecturas y de una inteligencia poética sobrecogedora, impensable en un principio en ese hombre hosco, físicamente arruinado. El poeta Colinas apenas podía creerlo: ¡Hemos sido testigos de un prodigio, podéis creerme!, dijo con un brillo especial en la mirada.

También me viene a la memoria el instante en el que le dije que estaba trabajando en la poesía de Carlos Salomón. Me echó un vistazo cargado de sorpresa, y dirigiéndose sencillamente a nadie, con la mirada puesta de repente en el techo blanco de la habitación, murmuró como para sí: «ya era hora, ya era hora...». Luego, paseando la vista por el rostro de todos los presentes dijo: «Salomón era un magnífico poeta. Entonces, sin duda, el mejor de todos nosotros».

Aquel encuentro con el poeta no dio mucho más de sí. Y ciertamente en aquellos momentos no se me pasó por la cabeza que nunca más volvería a ver su rostro, aunque éste, como toda la figura del escritor, se encontraba ya muy desdibujado por la enfermedad y los muchos medicamentos. Ninguno de los presentes, salvo tal vez el propio poeta, podía intuir los pocos meses de vida que le quedaban resistiendo el claro envite de la muerte.

«Salomón era un magnífico poeta. Entonces, sin duda, el mejor de todos nosotros». Ese sábado 2 de marzo de 2002 no le insistí a Hierro que aclarase qué quería decir exactamente con las palabras «entonces» y «nosotros». Y no lo hice porque cualquiera que se haya interesado por la juventud literaria de José Hierro sabe con precisión qué es lo que nombraba. El «entonces» hace referencia a un lugar, Santander, y a un periodo cronológico muy concreto que podemos acotar artificialmente en unos diez años del pasado siglo XX, de 1944 a 1955, un tramo temporal que comienza con la publicación del primer número de la revista *Proel* y termina más o menos coincidiendo con la muerte de Carlos Salomón. El «nosotros» abarca a todos los jóvenes poetas montañeses que escribían en esa década, y creo que muy especialmente a los cuatro que más destacaban en el momento, es decir, José Luis Hidalgo, Julio Maruri, Carlos Salomón y el propio José Hierro.

Con los datos que hasta ahora he logrado reunir en torno a Carlos Salomón, y teniendo en cuenta que nació en el año 1923, opino que podemos llegar a tres primeras conclusiones no muy difíciles de establecer. La primera es que el periodo más arriba señalado, 1944-1955, configura toda la «vida pública y literaria» de Salomón, abarcando desde sus veinte años de edad y la creación de la revista *Proel*, hasta su muerte el 2 de octubre con treinta y dos recién cumplidos. La segunda es que los años de vida literaria de nuestro poeta coinciden precisamente, y no sé si por casualidad, con los años en los que la ciudad de Santander vivió uno de sus momentos cumbres en cuanto a la creación poética se refiere, llegando a alcanzar las actividades desarrolladas en ella una reseñable repercusión nacional. Y la tercera es que Carlos Salomón fue un poeta muy estimado como tal por sus compañeros de generación, algo que recientemente me han confirmado de viva voz algunos de ellos, como por ejemplo Julio Maruri, Mateo José Rodríguez, Pablo Beltrán de Heredia, o Leopoldo Rodríguez Alcalde.

Una vez dicho esto, no creo que sea muy desacertado reducir la breve biografía de Carlos Salomón a esos poco más de diez años de su «vida pública» que van de 1944 a 1955, algo en lo que incluso él parecía estar de acuerdo a tenor del resumen de su existencia que dejó por escrito como nota bio-bibliográfica para incluir al frente de una antología sobre su obra que dejó preparada muy poco antes de morir. Antología de la que creo que por vez primera habla el promotor cultural Pablo Beltrán Heredia en una interesante carta enviada a Gerardo Diego, fechada el 10 de noviembre de 1955, es decir, un mes después de la muerte de Salomón, y en la que entre otros muchos datos sobre nuestro poeta aparece reproducida la mencionada nota bio-bibliográfica. La antología fue publicada en edición no venal por el recientemente desaparecido Pablo Beltrán de Heredia en noviembre de 1968 dentro de su colección navideña «Clásicos de todos los años», editándose la edición comercial al año siguiente, 1969, dentro de la colección santanderina de Manuel Arce *La Isla de los Ratones*, incluyendo entre sus páginas, como en el trabajo de Beltrán, la breve autobiografía escrita por Salomón, texto que a continuación reproducimos completo, tal y como al parecer lo redactó el poeta y fue publicado en la edición comercial de 1969, que es la que ahora manejo:

«Nací en Madrid el 2 de setiembre de 1923. A los pocos meses, vine a Santander, y, desde entonces, he vivido, casi ininterrumpidamente, en esta ciudad.

Fui uno de los seis fundadores de la revista Proel, en abril de 1944, donde aparecieron mis primeras colaboraciones.

En 1947, mi libro Pasto de la aurora obtuvo mención honorífica en el Concurso Adonais de Poesía, y tres años más tarde, fue accésit de este mismo concurso mi libro La sed.

También en el concurso Ateneo 1953, obtuvo accésit mi poema La muerte.

He dirigido la Colección Hordino.

Mis libros publicados son los siguientes:

La orilla (Ediciones Proel, 1951). Escrito en los años 1947 a 1949. Hoy, modificado.

La sed. (Colección Adonais, 1951).

Firmes alas transparentes. (Colección Conde Arnaldos, 1952). Escrito en 1949.

Región luciente. (Colección Adonais, 1953).

Los poemas de «Las luces» (Colección Tito-Hombre, 1951), son un avance de los libros Región luciente y el inédito La brevedad del plazo.

Ciertamente no es mucho más que lo escrito por él mismo lo que con alguna certeza hoy conocemos sobre la vida y la obra de Carlos Salomón. Desde luego la bibliografía al respecto no destaca por su abundancia: apenas sí hay unos cuantos artículos a él dedicados o determinadas monografías en las que aparece alguna sencilla referencia, casi siempre puesta en relación con su pertenencia al ya famoso grupo Proel y sus publicaciones. Y por otra parte, sus libros de poemas, hasta prácticamente hoy mismo, sólo podían encontrarse tentando a la suerte mientras se rebuscaba con infinita paciencia en escondidas librerías de viejo. Y señalo «hasta prácticamente hoy mismo» porque ha querido la casualidad que con apenas unos meses de diferencia hayan aparecido en el mercado editorial de Cantabria dos volúmenes dedicados a la obra poética de Salomón. Se trata del libro que propicia estas líneas, y del editado en 2008 por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria dentro de su nueva colección «Itinerarios», páginas tituladas *Poesía (1951-1953)*, y que presentadas por Javier Menéndez Llamazares, incluyen tres libros de Salomón *La sed, La orilla y Región luciente*.

Voy a ocuparme sólo de la *Obra Poética* editada en 2007 en la colección impulsada por la filóloga Elda Lavín, y lo voy a hacer por una sencilla razón: hasta la fecha es el único volumen que recoge todos los poemas publicados por Salomón, es decir, los incluidos en los libros *La orilla, La sed, Las luces, Firmes alas transparentes, Región luciente* y *La brevedad del plazo*, más un breve apartado en el que aparecen recopilados todos los sonetos «inéditos» que ya vieron la luz en las antologías editadas por Beltrán de Heredia y poco más tarde por Manuel Arce. Esta *Obra poética* incluye además la nota bio-bibliográfica del propio Salomón, un prólogo sin firma en el que se cuentan los criterios seguidos en la edición, y las reproducciones de las cubiertas originales de los libros. Es decir, estamos ante el *corpus poético* completo de Carlos Salomón, uno de los poetas cántabros esenciales del siglo XX, lo que ya de por sí habla de la importancia de este libro y lo justifica con creces.

Salomón murió apenas cumplida la treintena, lo que invita a pensar directamente en cuál podría haber sido la evolución de su poesía, su trayectoria como poeta. Lo que parece evidente es el hecho de que saberse desde muy joven gravemente enfermo marcó de una manera rotunda sus versos, tanto desde un punto de vista temático como de latido o pulsión interna. Salomón escribió buena parte de su poesía, y desde luego lo mejor de la misma, desde la perspectiva del adiós, de la desaparición, del ser para la muerte. Lo que ocurre es que en los versos de Salomón (heptasílabos y octosílabos principalmente) ese pulso oscuro no es sin embargo ni siniestro ni radicalmente desolado (aunque sí amargo), emergiendo en la palabra más bien a través de un himno radical de amor a la vida materializado en el paso del tiempo como tránsito hacia el amor y hacia Dios (otra forma distinta de amor y esperanza).

Estamos sin duda ante un libro ciertamente imprescindible y necesario dentro del panorama de la poesía del siglo XX en Cantabria, y en este sentido su importancia es indiscutible. Lo que subraya la lectura de estas páginas es que Carlos Salomón pide a gritos una edición nacional de su obra (en una editorial que propicie

el conocimiento general del poeta dentro del idioma español) y muchos más estudios críticos, comentarios, análisis y lecturas. Salomón fue un estupendo poeta, y conviene situarlo o resitarlo en el lugar que de verdad merece en el rico y heterogéneo panorama de la poesía española del siglo XX, y muy especialmente en el de la posguerra.

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ FUENTES
REAL SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO / CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES